EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

LAS DOS IDEAS,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. RAFAEL SALILLAS Y PANZANO.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(*Sucesor de Hijos de A. Gullon.*)
PEZ, 40.—OFICINAS. POZAS,—2—2.°

1884.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE MAYO DE 1884.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
El melon del diputado...	1	D. Eloy Perillan.........	Todo.
Guerra á los hombres...........	1	N. N................	»
La Odalisca............	1	José de Siles..........	»
La romántica..................	1	N. N................	»
Las bodas de D. Alfonso Onceno...	1	Sres. Alba y Viaña......	»
Las macetas...................	1	D. Eloy Perillan.........	»
Lo de abajo arriba y lo de arriba abajo.........	1	J. de Alba............	»
Vivir para ver.................	1	Emilio Sanchez.......	»
La esposa mártir..............	3	José María Vivancos..	»
Las dos ideas..................	3	R. Salillas y Panzano..	»

ZARZUELAS.

Al baile........................	1	D. Rafael Taboada.......	M.
¡Al globo! ¡Al globo!............	1	N. N................	L. y M.
Bandidos de levita..............	1	Sres. Arango y Viaña.....	L. y M.
El jazmin de oro,...............	1	Sres. Bringas y Conrelte..	L. y M.
El pañuelo de Manila............	1	Sres. Cuartero y Taboada.	L. y M.
La Macaren, *cancion*............	1	D. M. Fernandez Caballero	M.
La patria de turron..............	1	Luis Bringas.........	L.
Los bandos de Villa-frita........	1	Sres. Navaro y F. Caballero.	L. y M.
Perico el aragonés..............	1	Sres. Luis Blanc y Blasco.	L. y M.
Un cuento de Boccacio...........	1	Sres. Cuartero y Taboada.	L. y M.
Viva el toreo....................	1	D. M. Fernandez Caballero	M.
La feria de San Lorenzo..........	3	Manuel Nieto.........	M.

LAS DOS IDEAS.

LAS DOS IDEAS,

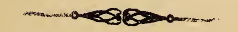
DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON RAFAEL SALILLAS Y PANZANO.

Representado por primera vez en el Teatro ESPAÑOL el dia 7 de Octubre de 1884.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, 18, *principal.*

1884.

PERSONAJES.	ACTORES.
DON PEDRO DE LIZANA.........	Sr. Vico.
SOR CATALINA..................	Sra. Cirera.
ISABEL DE LIZANA...........	Srta. Bardo.
JUANA.........................	Sra. Zapatero.
FERNANDO......................	Sres. Balaguer.
LORENZO.......................	» Perez.
PASCUAL.......................	» Fernandez (M.).
JUSTO.........................	» Cirera.
UN SACERDOTE..................	» Gimenez.
UN SACRISTAN..................	» Moreno.

La escena en una villa aragonesa.—Época moderna.—Año de 1834. El primero y segundo acto en casa de D. Pedro de Lizana; el tercero en el átrio de un monasterio de monjas.

La izquierda y la derecha se entienden las del espectador.

Á MI QUERIDO MAESTRO

EL

EXCMO. SR. DON ANTONIO ROS DE OLANO.

Su respetuoso amigo.

El Autor

ACTO PRIMERO.

La escena representa una sala adornada al gusto de la época. Puertas al foro que comunican al exterior, lateral derecha, tambien al exterior, dos laterales á la izquierda, primero y segundo término. Proscenio derecha; una mesa, y á sus lados dos sillones. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

JUSTO, JUANA. Ésta entra por el foro, y aquel se ocupa en encender las luces.

JUANA. Buenas noches, Justo.
JUSTO. Buenas
nos las depare Dios, Juana.
JUANA. Qué sucede?
JUSTO. Qué te trae?
JUANA. Ver á las señoras.
JUSTO. Pasa.
JUANA. Las molestaré?
JUSTO. No tal.
Rezando el Rosario estaban,
y si áun queda alguna cuenta,
te la aplicas por tu alma.
JUANA. Y tú, no rezas?

JUSTO. No rezo.
JUANA. Vírgen del Pilar!
JUSTO. Aguarda!
Cuando trabajo... y trabajo
seis dias á la semana.
JUANA. Entónces...
JUSTO. Entónces... pues...
que yo soy como Dios manda.
Los domingos miro al cielo,
luégo la vista se cansa,
porque llevamos la vida
encima de las espaldas.
JUANA. Peso grande son los años
al que sudando los gana!...
JUSTO. No podrá encontrar el cura
penitencia más pesada.
JUANA. Qué tal doña Catalina?
JUSTO. Mejor desde que está en casa.
JUANA. Le prueba mal el convento?
JUSTO. Prueba mal; pero no mata.
Y áun fortuna que en Sigena
no están las puertas cerradas,
y puede dejarse el cláustro
si la salud lo reclama.
JUANA. Por vocacion profesó,
segun refieren.
JUSTO. Qué gracia!
Por vocacion fuí soldado,
me la quitaron las balas.
¿Qué sabes de tu sobrino?
JUANA. Buenas noticias.
JUSTO. Avanza
en su carrera?
JUANA. Pues no?
Con charreteras y espada
tiene mucho más poder
que el alcalde con su vara.
JUSTO. Qué es Fernando?
JUANA. Capitan.
JUSTO. Capitan? (Con extrañeza.)
JUANA. Sí!... pues aguarda,
que á estas horas debe ser,

segun decía en su carta,
comandante.

JUSTO. Comandante?

JUANA. Ó tal vez mucho más.

JUSTO. Pára!

JUANA. Parar? Si en mí consistiera
llegaría á rey de España.

JUSTO. Ambiciosa.

JUANA. ¡Si lo quiero
más que á mi vida!

JUSTO. Caramba...
comandante el rapazuelo!...

JUANA. Si es tan valiente!

JUSTO. Otra canta!
Valiente lo he sido yo.

JUANA. Y tan sábio.

JUSTO. Eso no!... Juana,
si sólo hubiera sabido
mal escribir sin gramática...
pues, sería... ¿qué sería?
¿General? es mucho!—¿Rata
de oficina? No me place.
En fin... algo de prosapia:
ó dictador, ó escribiente,
cabo de pluma ó de vara.

JUANA. Fernando será la gloria
de la villa y la comarca.

JUSTO. ¡No lo será de su madre!

JUANA. ¡Si mi pobrecita hermana
lo viera!... Desde la gloria
le dirigirá miradas.

JUSTO. (Aproximándose é insinuando la frase.)
Y quien desde aquí lo mire
y en él vea su desgracia?

JUANA. Qué dices, Justo? (Sorprendida.)
(Aparece D Pedro en la puerta de segundo término de la izquierda.)

JUSTO. El señor.

JUANA. (Explica ese enredo.)

JUSTO. (Con enfado.) (Calla!)
(D. Pedro con aire meditabundo y andar lento se aproxima á los circunstantes.)

PEDRO. Idos dentro.

JUANA. Buenas noches.
(Adios, Justo.)

JUSTO. Hasta mañana.)

(Juana se va por el segundo término de la izquierda; Justo se encamina al foro: D. Pedro se sienta en uno de los sillones y queda pensativo.)

ESCENA II.

D. PEDRO y JUSTO.

PEDRO. Justo!

JUSTO. (Vuelve sobre sus pasos y se cuadra delante de D. Pedro.)
Señor: qué me manda?

PEDRO. (Mirándole con complacencia.)
Así... así, militarmente.
¿Sabe mi antiguo asistente,
en qué arcones viejos anda
mi uniforme apolillado,
y aquel sable de Toledo
que yo manejé sin miedo
cuando fuí jóven?...

JUSTO. Pesado
me parece el tal montante.

PEDRO. Si así resulta, en verdad
que la falta es de la edad,
pero no del fabricante.

JUSTO. (En actitud y tono de confianza.)
¿Querrá decirme el señor,
pues reclama su ropilla,
si se prepara en la villa
alguna fiesta mayor?

PEDRO. ¿Son para tí festivales
los que la pólvora humea?

JUSTO. Si la pólvora se emplea
en fuegos artificiales...

PEDRO. Aunque otras flaquezas tengo,
¿me viste nunca ostentar

divisas para probar
el rango de mi abolengo?

JUSTO. Ni ninguno de esta tierra.
No tengo poco presente
lo que, siendo yo asistente
al acabarse la guerra,
me dijo usted mientras iba
viendo su hacienda asolada:
«Justo, arrincona mi espada
y dame un ramo de oliva.»

PEDRO. Sí que me acuerdo... y lloré!...

JUSTO. Yo tambien!...

PEDRO. Es natural.

JUSTO. Quien vuelve al suelo natal
llora y rie...

PEDRO. Desmonté
de mi caballo *patriota.*

JUSTO. Y tal nombre le cuadraba!...
De contento relinchaba
oyendo tocar la jota!
En guerrear veterano,
siendo potro cordobés,
él conocía un francés,
aunque hablase en castellano.

PEDRO. El corazon nunca miente!
En aquel triste regreso
dió á mi dolor tanto peso
que me hizo andar lentamente.

JUSTO. Habló con mucha certeza
el corazon aquel dia!...
al volver... ¡cuánta alegría!...
al llegar... ¡cuánta tristeza!...
Por todas partes ultraje,
escombros, deshonra, horror,
de tal modo que el dolor
se trasformaba en coraje.
Por todas partes ejemplos
de infamia...

PEDRO. (Con efusion.) Sigue!...

JUSTO. Y descaro:
que no tuvieron reparo
en profanar nuestros templos

convertidos en cuarteles,
y á los bárbaros iguales,
en las pilas bautismales
abrevaban los corceles.

PEDRO. Sigue!...

JUSTO. Señor!... me fatigo...
y al remover la cadena,
recuerdo una triste escena
de que fuí en parte testigo.

PEDRO. Sigue.

JUSTO. No puedo.

PEDRO. Cobarde!...

JUSTO. El recuerdo es tan horrible!...

PEDRO. ¡Sí, te pido combustible
para la hoguera que arde
en mi abrasada existencia!
Vivo de influjos extraños;
ni la calma ni los años
tranquilizan mi conciencia.
Reparto lo que me sobra,
doy á Dios mi pensamiento,
y éste implacable tormento,
cuanto más pago, más cobra.
Me hiere con la sospecha,
con la memoria me insulta,
en todas partes se oculta,
de todos lados me acecha.
Esclaviza mi atencion
y no consiente el olvido,
ni despierto, ni dormido,
ni entregado á la oracion.
Los años surcan mi frente,
pero el tiempo no me escuda:
nada cambia, nada muda,
el pasado es mi presente.

JUSTO. Tiempo es de olvidar.

PEDRO. Poder
quisiera...

JUSTO. Los desengaños.

PEDRO. Cumplen ya veintiseis años,
¡me parece que fué ayer!
Mi pobre hermana al venir

del claustro, no presumía
que en este implacable dia
se nubló su porvenir.
¡Qué horrible profanacion!...
se niega á expresarla el lábio.
Hoy que hace fecha el agravio,
pediré reparacion.

JUSTO. Á quién?.

PEDRO. Es cuestion que encierra
litigio y no de letrados.
Hay hoy más afrancesados
que en los dias de la guerra.

JUSTO. Y qué le importa al señor?

PEDRO. Mucho... ¡todo! Mi existencia,
mi religion, mi conciencia,
y la pátria y el honor.

JUSTO. Y qué intenta?

PEDRO. No se abate
mi alma de temple duro,
y aunque viejo, estoy seguro
y fuerte para el combate.
Hay palpitando en el seno,
de este mundo irreverente,
tanta lengua maldiciente,
tanta pluma tinta en cieno
y tanta impía amenaza,
que por Dios y por el rey,
no debe existir más ley,
que el grillete y la mordaza.

JUSTO. Conforme, señor, conforme.

PEDRO. Lo vé así quien no se ofusca;
por eso, Justo, vé en busca
de mis armas y uniforme.

ESCENA III.

DICHOS, LORENZO y PASCUAL por el foro.

LOR. Se puede? (Desde la puerta.)

PEDRO. (Con regocijo.) Gracias á Dios...
Qué nos traeis que contar?

LOR. Mucho: se nos puede dar

la enhorabuena á los dos.
Mañana mismo, asombrados
los viejos madrugadores,
verán á los labradores
convertidos en soldados:
y en aquel mismo momento
el jefe de la partida
vendrá con gente aguerrida
á apoyar el alzamiento.

PEDRO. Presumen los adversarios...
LOR. Lo ignoran y están distantes.
PEDRO. Tenemos armas?
LOR. Bastantes.
PEDRO. Pertrechos?
LOR. Los necesarios.
PEDRO. Gente alistada?...
LOR. De sobra.
PEDRO. Y dinero?...
LOR. No lo sé.
El que combate con fé,
pelea, muere y no cobra.
PEDRO. Vuestra embajada me place
y nuestro triunfo predice.
Pascual hace lo que dice?
PASC. (En tono rudo, como es el personaje.)
Pascual dice lo que hace.
PEDRO. Callando estás en lo cierto.
PASC. Mis obras son mis testigos.
PEDRO. Bien! Pues con tales amigos
serás siempre un libro abierto
donde se pueda al leer
tomar punto en qué pensar.
PASC. Pascual nunca supo hablar,
pero sabe obedecer.
PEDRO. Adelante. Bate el paso.
PASC. Hácia dónde?
PEDRO. Á la victoria.
PASC. Lo guardaré en la memoria.
PEDRO. Vámanos que hay tiempo escaso,
LOR. (Á D. Pedro.)
Una súplica postrera.
PEDRO. Concedido.

LOR. Es mi laurel.
Amo á mi prima Isabel.
PEDRO. Será tu esposa.
LOR. ¡Dios quiera
llevarme al triunfo con vida!
PEDRO. Id cada cual á su puesto. (Á Justo.)
Tú tenlo todo dispuesto
á la hora de la partida.
(Vánse D. Pedro, Lorenzo y Pascual por el foro.)

ESCENA IV.

JUSTO solo.

JUSTO. Aun los sigue mi impaciencia
y conmigo no han contado...
Soy un perro jubilado!...
Á un rincon con la licencia.
Sólo tendré quien me alabe
por inútil... ¡No me quejo!
Resígnate pobre viejo,
eres un fusil sin llave.
(Váse por la lateral del primer término de la izquierda.)

ESCENA V.

ISABEL por la puerta del segundo término de la izquierda: recorre la escena para asegurarse de que no hay nadie, y va al encuentro de JUANA que sale por la misma puerta.

ISABEL. Hay carta?
JUANA. Llegó esta tarde.
ISABEL. Mi contento lo decía!
Ántes que salga mi tía
dámela... Me hace cobarde
la misma reserva, y tanto
me impone su duro veto,
que á veces sólo el secreto
finge criminal lo santo.
(Juana entrega la carta. Isabel la toma; quédase un

momento abstraida.)

JUANA. Abre la carta, por Dios.

ISABEL. Tiemblo y quiero.

JUANA. Á ver... á ver,
me impaciento por saber
si hay carta para las dos.

ISABEL. (Abre la carta, la desdobla y la mira.)
Para mí sola. (La lee con precipitacion.)
¡Alma mía!
(Reparando que Juana se limpia los ojos con el delantal.)
Lloras?

JUANA. Ingrato!

ISABEL. (Con mohin de reprension.) Tirana!
(Con bondad.)
Tienes razon... llora Juana;
yo en tu caso lloraría.
Tú le has servido de madre.

JUANA. Lee y dime si está bueno.

ISABEL. Vigila.

JUANA. Y en tanto peno.

ISABEL. No nos sorprenda mi padre.

JUANA. Lee y que disfrute yo
de la carta.

ISABEL. Tengo miedo!
Vete á la puerta!...

JUANA. No puedo!...

ISABEL. ¡Cuánto lo quieres!...

JUANA. Tú, no?

ISABEL. (Suspira, leyendo.)
«Isabel: larga jornada
»por cansarme, me alboroza,
»que te he visto enamorada
»en el balcon asomada
»de tu casa en Zaragoza.»
Asomada?

JUANA. Ya se vé,
con la ilusion.

ISABEL. Eso sí:
es que allí lo conocí;
desde ese balcon lo amé,
y no me extraña que estalle

en recuerdos su pasion,
pues si él mira á mi balcon,
yo miro siempre á la calle.

JUANA. Sigue.

ISABEL. Quiero recordar!

JUANA. ¿Y tu padre?

ISABEL. Si viniera
ahora mismo, no tuviera
mi pasion que confesar.
«Llegué con mi regimiento,
»y á mi fortuna no hay tasa,
»que me han dado alojamiento,
»mi vida, en tu propia casa
»y hasta en tu mismo aposento.»
Ay de mí!

JUANA. Qué te recela?

ISABEL. En un lienzo recamado,
está por mí retratado,
y él lo habrá visto.

JUANA. Tontuela.

ISABEL. «Créeme, pues te lo juro,
«nunca me ví en tal apuro
»como en tu cuarto al entrar,
»la puerta se me hizo muro
»y el aposento un altar.
»Y mostrándose radiante,
»entónces mi fé sencilla,
»si dura más de un instante
»mi turbacion vacilante,
»me obliga á hincar la rodilla.
»Curioso y enamorado,
»por guía mi amante anhelo,
»entré en aquel reservado,
»como el bienaventurado
»entra en la puerta del cielo.
»Y el cielo halló mi cariño
»en su celoso recato:
»entre oro, encajes y armiño,
«ví lo primero al Dios-Niño
»y cerca del, tu retrato.
»Pintarte mi sentimiento
»fuera inútil, porque allí

»me pasé en arrobamiento,
»un siglo del pensamiento
»á Dios mirando y á tí.
»Y á Dios, con fé sin igual,
»los piés por mis desagravios
»besé... ¡pero digo mal!...
»en ellos ví una señal
»que debe ser de tus lábios.
»Y le dije en mis excesos:
»Dios mio, ya tú lo ves,
»cómo se encaminan presos,
»nuestro amor y nuestros besos
»á colocarse á tus piés.»
(Isabel queda abstraida.)

JUANA. Qué te sucede?... Responde...
ISABEL. Ay, Juana!...
JUANA. Paciencia y calma,
ISABEL. ¡Qué de cosas siente el alma!
JUANA. Tu tia... la carta esconde.
(Mientras Sor Catalina, (que sale por la lateral del segundo término), avanza reposadamente hasta ir á sentarse en el sillon de la derecha, Isabel oculta rápidamente la carta y se acerca á Sor Catalina.)

ESCENA VI.

DICHOS y SOR CATALINA.

SOR CAT. Por qué os fuísteis al momento?
Me abandonásteis dormida:
desperté sobrecogida,
sola como en mi convento.
ISABEL. Tuve un encargo que dar...
y un cuidado á qué atender.
Es hora de disponer
para ir pronto á descansar.
SOR CAT. Bien, hija mia. Es verdad.
Tambien yo en tu condicion
tuve igual ocupacion
cuando tenía tu edad.
Mas quiso la Providencia.

de nuestra fortuna avara,
que en un instante pasara
del mandato á la obediencia.

ISABEL. Quiere usted algo?

SOR CAT. Te vás?

ISABEL. Sí... me voy á recoger. (Ap. á Juana.)
(Quiero su carta leer,
muchas, muchas veces más.)

SOR CAT. Dichosa tu edad temprana
que el descanso en compañía
lleva. Bien, vete, hija mia.
(Isabel le dá un beso en la mano y se vá por el segundo término de la izquierda.)

JUANA. Adios. (Á Sor Catalina.)

SOR CAT. Quédate tú, Juana.

ESCENA VII.

SOR CATALINA y JUANA. La primera habla en tono reposado é insinuante. Los diversos acentos de expresion en el curso de la escena, quedan encomendados al talento de las actrices.

SOR CAT. Dicen tienes un sobrino,
de quien se cuentan millares
de proezas.
(Juana denota en sus ademanes cortedad.)
No te azares:
responde, Juana, con tino.

JUANA. Señora... yo...

SOR CAT. Qué te altera?

JUANA. Sí, señora.

SOR CAT. Vamos, Juana.

JUANA. Hijo de mi pobre hermana
y mi cuñado Rivera,
que de Dios gozando están.

SOR CAT. Y dicen que con justicia
ha obtenido en la milicia
empleo de capitan.

JUANA. Sí, señora... justamente:
militares que lo han visto

me han contado que es tan listo,
como buen mozo y valiente.

SOR CAT. Pero díme, ¿cómo ha dado
á su edad tan alto brinco?
¿Qué años tiene?

JUANA. Veinticinco.

SOR CAT. ¿Sentó plaza de Soldado?

JUANA. No señora.

SOR CAT. Venga el cuento.

JUANA. Pobre era su condicion,
y dábanle educacion
en las áulas de un convento.
Sus padres á la academia,
no al campo, lo hicieron ir;
y lo último que al morir,
los pobres, en la epidemia
que hizo en el pueblo rigor,
dijeron: «sigue educando
al niño, porque Fernando
no debe ser labrador.»

SOR CAT. Bien, Juana, bien discurrido.

JUANA. Yo, cuidando su orfandad,
acaté su voluntad
y creo haberla cumplido.

SOR CAT. Con creces.

JUANA. Él por su parte,
más me rogocija eso,
aunque era un poco travieso
se dió en estudiar tal arte,
que, haciendo asombro del niño,
todos me lo contemplaron,
y pronto me disputaron
los maestros su cariño.
Muchas veces dí en pensar,
poniéndome en cierto apuro,
como promete, seguro,
lo educan para el altar.
Me equivoqué. Un servidor
del convento vino un dia,
y me fuí en su compañía
á la celda del prior.
Allí encontré un caballero

que era del prior hermano,
quien me dijo en tono llano,
sin recomendarse: «espero
que nos vamos á arreglar.
Tiene usted aquí un sobrino,
por ser pobre, sin destino,
y yo se lo puedo dar.
El muchacho es un portento,
y hará suerte con su porte;
conque me voy á la córte
y lo saco del convento.»
Sentí alegría y dolor,
y le dije que sí, cuando
recordé que mi Fernando
no sería labrador.
Pero al ofrecerme, (entiendo
que sin malicia y desdoro)
una bolsa, tal vez de oro,
le dije: yo no lo vendo.

SOR CAT. (Tomando entre los suyas las manos de Juana.)
Juana!... Juana!... la emocion
que me produce escucharte,
no la alcanzas por no hallarte
dentro de mi corazon.
No cejo hasta que consiga
pagar, que te soy deudora,
tu desinterés.

JUANA. (Con humildad.) Señora!...

SOR CAT. Tu señora no, tu amiga.
(D. Pedro aparece en el foro y se detiene sorprendido.)
Dí, Fernando, es cosa llana,
habrá vuelto.
(D. Pedro revela contrariedad y hace ademan de ir hácia los circunstantes.)

JUANA. Su deber...
en fin... ¡no lo he vuelto á ver
desde entónces ya más.

PEDRO. (Con accento imperativo.) Juana.

ESCENA VIII.

DICHAS y D. PEDRO.

JUANA. Qué manda el señor?
PEDRO. (Con severidad.) Ya es hora
de que te halles recogida.
SOR CAT. (Ap. á Juana.)
(Te estoy tan agradecida.)
JUANA. Que descanse la señora. (Váse por el foro.)

ESCENA IX.

D. PEDRO y SOR CATALINA.

PEDRO. Si abrigas el pensamiento
de arrancar la dura losa
á nuestro pasado, esposa
de Dios, vuelve á tu convento.
SOR CAT. Hermano... no! (Sobrecogida.)
PEDRO. Pues apaga
ese recuerdo infeliz.
¡Si tocas la cicatriz
aún dará sangre la llaga!
(Se sienta en el otro sillon y queda pensativo. Sor Catalina lleva el pañuelo á los ojos y suspira.)
Lloras?...
SOR. CAT. No. Quito despojos
al dolor que me aniquila.
PEDRO. Aún puedes vivir tranquila
si tienes llanto en los ojos.
SOR CAT. Soy la fuente, hermano mio,
que su taza rebosando,
va por la tierra surcando
hasta el mar, de rio en rio.
PEDRO. ¡No des curso á esa corriente
aunque el dolor te taladre!
SOR CAT. Toda fuente, hermano, es madre,
yo que soy madre, soy fuente;

¡déjame, pues, suspirar,
que mi dolor te asegura,
que toda fuente murmura
en el camino del mar!

PEDRO. Murmura!... Desgracia sorda,
constante tormento mio,
¿no es verdad que es manso rio
aquel que no se desborda?

SOR CAT. Si mi llanto reuniera
y en un cauce lo arrojara!
¡Si mis penas te contara!...

PEDRO. ¡Si las mias te dijera!
Si tú sondases el fondo
y midieses su extension!...
No me he visto el corazon,
pero debe ser muy hondo.

SOR CAT. Dolores sufro en exceso.

PEDRO. En tu calabozo hay luz.

SOR CAT. ¿Has arrastrado mi cruz
para juzgar de su peso?

PEDRO. Catalina!...Es necesario
decirte lo que he sufrido
en el dia en que ha cumplido
fecha el triste aniversario!...

SOR CAT. Hoy! (Con sorpresa.)

PEDRO. Esta noche implacable!
¿Te acuerdas?

SOR CAT. (Cubriéndose la cara, elevando los ojos á la altura.)
Me causa horror!
Ignoro quién fué... Señor,
lo perdonó!... Miserable!

PEDRO. Tropa vil y acanallada,
ocúltate en el secreto,
pues no te impuso respeto
una mujer desmayada.

SOR CAT. Dios lo quiso!... Respetemos
su mandato omnipotente.

PEDRO. Inclina mártir tu frente
puesto que á sufrir nacemos.
Soporta dócil el yugo
de tu triste condicion,
y otórgame tu perdon,

pues yo he sido tu verdugo.

SOR CAT. Loco! (En tono de reconvencion cariñosa.)

PEDRO. ¿Por qué eres tan buena?
Táchame de ingratitud;
yo encerré tu juventud
en los claustros de Sigena.

SOR CAT. Fué deber, fatalidad.

PEDRO. Siendo el mundo el delincuente
yo castigué al inocente.
Trátame con crueldad:
dí que obedecí al honor
en defensa de mi nombre.

SOR CAT. La ultrajada por el hombre
es esposa del Señor,
y en su cruz su bien alcanza.

PEDRO. Es muy distinta mi suerte:
¡yo voy buscando la muerte
con alientos de venganza!

SOR CAT. Todo pasó!...

PEDRO. Para tí.

SOR CAT. Me queda de lo pasado
un sentimiento arraigado,
y por su virtud viví
entre muros, tras de rejas,
sin llorar mi sacrificio,
y sin que el rudo cilicio
arrancase al alma quejas.
Si, me aterró el abandono
en que me encontré sumida,
viéndome enterrada en vida,
y sentí pesar y encono,
y arrebato hasta el delirio,
y hasta el desmayo flaqueza,
sosteniendo en mi cabeza
la corona del martirio.
Entré en el templo llorosa
y me detuve á mirar
al Dios Niño en un altar
y en otro á la Dolorosa.
Fueron mis rencores rotos,
hasta el suelo me humillé,
y con verdadera fé

hice verdaderos votos;
¡que halló mi dolor divisa
y mi soledad certeza,
de la Madre en la tristeza,
y del Niño en la sonrisa.
(Conforme se acentúa esta relacion D. Pedro inclina la cabeza revelando pesadumbre.)
Me oyes?... ¿Quieres responder?
Pedro!...

PEDRO. ¡No me hagas sufrir!
Sé lo que vas á decir,
no te quiero comprender.

SOR CAT. Me compadeces!... Quizá
encontrará mi desvelo
en tu ternura consuelo.
(Sor Catalina revelando cada vez más ternura. Don Pedro ansiedad y aparentando rehuir la cuestion.)
Dime... mi hijo... ¿dónde está?...

PEDRO. (Poniéndose violentamente en pie.)
No lo sé... no lo he sabido...
ni quiero.

SOR CAT. ¡Desventurado!

PEDRO. Le busqué un padre prestado,
y tiene nombre: he cumplido.

SOR CAT. ¿Y su madre? ¡Y mi tormento!

PEDRO. Fuiste madre sin amor,
sin voluntad.

SOR CAT. ¡Y el dolor!
¿no fué mio? El sentimiento,
de este corazon no brota?
¡Y mi sangre, sin mis penas,
no he repartido en sus venas
dia á dia, gota á gota!
Si soy madre, á qué lo extrañas?
¡Aun escucho aquel vagido
tembloroso, dolorido,
que salió de mis entrañas!

PEDRO. ¡No te muestres tan quejosa,
que tanto luchó tu hermano,
que de ser ménos cristiano
lo estrello contra una losa!

SOR CAT. (Cubriéndose la cara con las manos y con acento y

expresion de espanto.)
¡Mónstruo!

PEDRO. Sí: mónstruo de horror,
fruto de sangre dañina
engendrado en la ruina
de mi patria y de mi honor.
Es un vivo monumento
de mi memoria traidora,
la estátua provocadora
de mis ódios. Qué?
(Se oyen cornetas lejanas como si sonasen en distintos puntos. D. Pedro queda en actitud de escuchar. Sorprendido.)

SOR CAT. (Con alegria y poniéndose en pie.) Su acento

PEDRO. (Se habrá el jefe anticipado?)

SOR CAT. Me han dicho que es militar,
y oigo su voz al sonar
la trompeta del soldado.
¡Ella mi pesar destierra!

PEDRO. Prepárate á ver despojos,
abre á la muerte los ojos
en los brazos de la guerra.
El eco que te enamora,
dirige un reto á la vida.
(Cesan las cornetas. D. Pedro hace ademan de irse.)
Adios.

SOR CAT. Dónde?

PEDRO. De partida.

SOR CAT. Á la guerra tú?

PEDRO. Ya es hora.

SOR CAT. Y por qué?

PEDRO. Por que padezco
sed inestinguible, ardiente;
por esa misma simiente
que tú amas y yo aborrezco.
(D. Pedro va á marcharse, cuando Isabel aparece sobresaltada por el segundo término de la izquierda, y corre á refugiarse en brazos de su padre.)

ESCENA X.

DICHOS é ISABEL.

ISABEL. Padre!
PEDRO. Hija mia!
SOR CAT. Qué pasa?
ISABEL. Una vision espantosa,
una mujer horrorosa
pegando fuego á la casa.
PEDRO y SOR CAT. Fuego?
ISABEL. No sé lo que ha sido.
Qué terrible! La estoy viendo,
agitándose y blandiendo
un grueso tronco encendido;
y con sonrisa salvaje,
iba soplando la llama
pegando fuego á la cama,
al dosel y al cortinaje;
y al mirar que me envolvía
el fuego en rojos turbiones,
dilataba sus pulmones,
soplaba ansiosa y reía.
PEDRO. Cálmate, ya que conoces
que fué del sueño ficcion.
ISABEL. ¿Tambien una confusion
de trompetas y de voces
que escuché estando despierta
vencida la pesadilla?
PEDRO. No.

ESCENA XI.

DICHOS y JUSTO que entra azorado por el foro: luégo LORENZO y PASCUAL, y á poco JUANA.

JUSTO. Soldados en la villa,
en la calle y á esta puerta.
PEDRO. Soldados? (Con sobresalto.)
JUSTO. Y alojamiento.
Y patrullas destacadas,

y retenes y avanzadas.

PEDRO. Avisa.

JUSTO. (Al ver entrar precipitadamente á Lorenzo y á Pascual.)
Aquí están.

LOR. ¡El viento
volando los ha traido!
(Forman á la derecha un grupo D. Pedro, Lorenzo, Pascual y Justo, y á la izquierda otro Sor Catalina é Isabel, á las que luégo se agrega Juana.)

PASC. Gracias que no se ha empezado.

LOR. Y por qué parar?

PEDRO. Cuidado,
si no todo se ha perdido.
(Hacen como que conversan precipitadamente.)

SOR CAT. (A Juana que entra por el foro.)
Qué ocurre?

JUANA. Que un batallon
entra ahora con alborozo.

SOR CAT. (No sé si de pena ó gozo
me palpita el corazon.)

PEDRO. Partid los tres de seguida,
y que no sea alcanzado.

LOR. ¿Cada cual por nuestro lado?

PEDRO. Á carrera, á toda brida.
(Vánse Lorenzo, Justo y Pascual por la lateral derecha.)
(Malhaya!... maldita suerte!
Calma y llegará la hora.)

SOR CAT. (Reuniéndose á D. Pedro.)
Hermano, dicen que mora
cerca del pueblo la muerte,
y lo dicen con certeza.

PEDRO. Quien lo diga razon tiene.

SOR CAT. Si es cierto que viene.

PEDRO. Viene.
¡quien sabe!... por mi cabeza.

ESCENA XII.

Dichos y FERNANDO con uniforme de comandante, por el foro. Se detiene cerca de la entrada. Todos se fijan en él. D. PEDRO con sorpresa y desagrado; ISABEL con regocijo; JUANA y SOR CATALINA en actitud espectante.

ISABEL. (Él aquí?)
PEDRO. (¡Suerte tirana!)
FERN. Perdonad mi atrevimiento.
(Exhibe un papel.)
Boleta de alojamiento
para casa de Lizana.
¿Hé acertado á entrar en ella?
PEDRO. Sí.
FERN. (Adelantando un poco.)
Lo había presentido,
pues aquí me ha conducido
sin duda mi buena estrella.
PEDRO. Qué! (Con tono adusto.)
FERN. Vuelvo al pátrio regazo.
Yo soy Fernando Rivera.
JUANA. ¡Hijo! (Precepitándose hácia él.)
FERN. ¡Madre! (Abrazándola.)
PEDRO. (Conteniendo á Sor Catalina, que ha demostrado impulsos de precipitarse hácia Fernando, y ocultándola para que no se vea su emocion.)
¡Calla!
SOR CAT. (En tono angustioso. Aparte á D. Pedro.)
(Era
mio!...¡Me roba ese abrazo!...)
(En las actitudes indicadas quedan los personajes mientras el telon desciende.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion. Es de noche. Luces.

ESCENA PRIMERA.

D. PEDRO pasea pensativo. SOR CATALINA, sentada en un sillon al lado de la mesa, lee en su libro de oraciones. ISABEL sentada en el otro sillon borda en la mano.

PEDRO. (Acercándose á Sor Catalina.)
Estás resignada?
SOR CAT. (Sin dejar de leer y con abatimiento.)
Sí.
PEDRO. Sí, sí: renuncia á su encuentro.
ISABEL. Qué dice?
PEDRO. Nada; tu tia
vuelve mañana al convento.
ISABEL. Tan pronto!...
SOR CAT. Es conformidad,
y no obediencia al deseo.
ISABEL. (Abandona la costura, se pone en pie, se acerca á D. Pedro y adopta una actitud mimosa.)
Padre!... por favor le pido
que le permita más tiempo
vivir en mi compañía.
Me quiere mucho y la quiero
como si fuese mi madre;
con ella una madre pierdo.
PEDRO. Se lo ordena su deber,

y yo impedirlo no puedo;
que ha cumplido la licencia
que para venir le dieron.

ISABEL. (Se acerca á Sor Catalina, la acaricia y se coloca á sus piés.)
Dígame usted ¿no es posible
conseguir lo que pretendo?

SOR CAT. No, hija mia. (Abandona el libro.)

ISABEL. No podrán
hacer las monjas sus rezos
sin que usted las acompañe?
se enfadará Dios por eso?

SOR CAT. Pobrecilla! (Acariciándola.)

ISABEL. Una promesa.
Si usted vive... un mes... ¡lo ménos!
ó un año... ¡ó siempre!
Qué digo!... Pues bien; prometo
que si usted se queda aquí,
con usted al cláustro vuelvo.

PEDRO. Me quieres dejar?...

ISABEL (Poniéndose en pie y acudiendo á D. Pedro.)
No, padre.
Hablo por si la convenzo.

PEDRO. No hagas tal... No ofrezcas nunca
lo que no has de cumplir. Buenos
propósitos no autorizan,
hija mia, malos hechos.

ISABEL. Ademas... es que presumo...
¿Lo digo?

PEDRO. Dímelo.

ISABEL. Temo
que está triste por marcharse.
(Á Sor Catalina.)
Verdad?... Verdad. Su silencio
lo afirma.

SOR CAT. No.

ISABEL. Si: está triste
aunque niegue.

SOR CAT. No lo niego!

ISABEL. El cláustro es sombrío...

SOR CAT. Mucho.

ISABEL. Solo...

SOR CAT. Como un cementerio.
ISABEL. Allí está Dios, pero falta...
PEDRO. Qué?
ISABEL. (Mirándolo.) La familia.
SOR CAT. Muy cierto!
ISABEL. El corazon de un hermano,
mis caricias y mis besos.
(Sor Catalina é Isabel se abrazan.)
SOR CAT. Hija mia.
ISABEL. He conseguido
convencerla. ¿Cede?...
SOR CAT. (Despues de meditarlo.) Cedo...
Que tu padre lo decida.
(Mirando temerosa á D. Pedro.)
PEDRO. No: su deber. Yo deseo
tanto como tú tenerla
á mi lado. Son estrechos
sus votos. Renuncia al mundo.
En la gloria nos veremos.
(Sor Catalina queda abstraida; Isabel vuelve á su asiento, en donde permanece triste; D. Pedro sigue meditabundo y paseando.)

ESCENA II.

DICHOS y LORENZO por el foro.

LOR. Buenas noches.
PEDRO. Santas noches.
LOR. Qué tienes? (Acercándose á Isabel.)
ISABEL. Nada, Lorenzo;
mi tia nos abandona.
LOR. Y hace bien. En estos tiempos,
señora, el claustro es mejor
que el mundo.
PEDRO. (Deteniéndose.) Bien dicho.
LOR. Tengo
para mí que los impíos
no dejarán un convento
en pie; mas las religiosas
deben morir en sus puestos
y dar esplendor al triunfo

de la iglesia. (Se coloca junto á D. Pedro.)

PEDRO. Qué hay de nuevo?

LOR. Lo que es natural: alarma,
pánico, asombro en los pueblos.
La osadía de los malos
causa la ira á los buenos.

PEDRO. Cuenta.

LOR. Prisiones y ultrajes.
El Abad de Montenegro
en una cárcel sumido.

PEDRO. De veras?...

LOR. Mosen Pacheco,
del púlpito fué arrancado
al dar cuenta del suceso.

PEDRO. Por quiénes?

LOR. Pues por las tropas
de ese cobarde mozuelo,
que persigue un entorchado
atropellando á los viejos,
á los niños, á los curas
y á los fieles en los templos.

SOR CAT. Quién es?... (Con timidez.)

LOR. (Con menosprecio.) Ese comandante.

ISABEL. Don Fernando. (Con inquietud.)

LOR. El mismo.

ISABEL. Cierto?

SOR CAT. De veras? (Con severidad.)

LOR. (Con coraje.) Señora, tanto,
como las ganas que tengo
de arrancarle el corazon!

SOR CAT. Horror!

PEDRO. (Con severidad.) Qué dices?

ISABEL. (Con sobresalto.) Lorenzo!

LOR. Y se extrañan!...

PEDRO. (Con severidad.) Son mujeres

LOR. Y usted ¿por qué?

PEDRO. Me modero
cuando he de expresar mis ódios
sin saber á quien ofendo.

LOR. Conoce el motivo?

PEDRO. No.

LOR. Y usted? (Á Sor Catalina.)

SOR CAT. (Con disgusto.) Ni quiero saberlo.
LOR. Lo diré para que todos
lo aborrezcan.
SOR CAT. (Yo me muero.)
ISABEL. (Pobre de mí!)
LOR. ¡Ha dado muerte
á mi hermano en un encuentro!
PEDRO. Cómo fué? (Con vehemencia.)
LOR. En accion reñida.
PEDRO. Derrotados!
LOR. ¡Combatieron
como héroes!
PEDRO. ¡Mala suerte!
LOR. No tema usted, que los nuestros
tal vez hoy mismo reparen
el descalabro primero.
PEDRO. Dios lo quiera. (Con acento de duda.)
LOR. (Á D. Pedro) Lo querrá.
(Se han dado cita en un puesto
á una hora y con un plan
Calamocha, Polo y Huertos.)
ISABEL. ¡Horrible guerra!
LOR. (Con desabrimiento.) Es precisa.
SOR CAT. (Tambien tú sufres?) (Á Isabel.)
ISABEL. (Á Sor Catalina.) (Yo tiemblo.)

ESCENA III.

DICHOS y PASCUAL por el foro. Entra jadeante, revelando satisfaccion y fatiga. Acentúese la actitud ántes de que comience el diálogo. En los circunstantes sorpresa y atencion.

PASC. Abrázame! (Á Lorenzo.)
(Á D. Pedro.) Enhorabuena!
Más de seis leguas he andado!
¡Abrázame! (Á Lorenzo bruscamente.)
(Se abrazan.) ¡Estás vengado!
LOR. Habla! (Desasiéndose de Pascual.)
SOR CAT. (Qué ansiedad!) (Poniéndose en pie.)
ISABEL. (Poniéndose en pie.) (Qué pena!)
PASC. (Relata con fatiga y precipitacion. Los demás lo

escuchan con ansiedad, cada uno en consonancia con su situacion.)
Tres horas de lucha y fuego,
cargar... correr... embestir...
arremeter... desistir...
cobrar energía... y luégo...

SOR CAT. Y luégo!...

ISABEL. (Con viveza.) Y luégo...

LOR. Refiere.

PASC. Tengo seca la garganta.

SOR CAT. (Me aterroriza!)

ISABEL. (Me espanta!)

PEDRO. Y luégo... (Con impaciencia.)

LOR. (Imperativo.) Prosigue...

PASC. Muere...

TODOS. Quién!... (Pausa.)

PASC. El fuego... y los partidos
chocan en una meseta
cargando á la bayoneta,
y ví á los nuestros perdidos.
Los contrarios adelante,
bravos, arremetedores,
juzgándose vencedores;
y á su frente el comandante
en primera fila, solo. (Con satisfaccion.)
Pero de una encrucijada,
cual de la tierra abortada,
sale de la faccion de Polo.

LOR. Termina.

PASC. (Con brutal satisfaccion.) Qué zafarrancho!

SOR CAT. (Apoyándose trémula en el silllon.)
¡Por compasion!

PASC. Nadie huye:
una descarga...

PEDRO. Concluye.

PASC. Abrió un boquete más ancho
en la tropa... que presumo...

SOR CAT. (Temblorosa y con acento entrecortado.)
Y el comandante?...

PASC. (Con brutalidad.) Á saber...
Lo ví rodar y caer
envuelto entre polvo y humo

SOR CAT. (Cae en el sillon y se cubre la cara con las manos.)
¡Jesucristo!

PEDRO. (Acudiendo presuroso.) (Catalina!)

LOR. (Isabel!) (Á Isabel que se retira llorosa.)

ISABEL. Aparta! (Desdeñándolo.)
(Váse por el primer término de la izquierda.)

LOR. Llora?... (Á Pascual, indicándole á Isabel)

PEDRO. (Llevándose apoyada á Sor Catalina. Aparte á ella.)
Silencio... calma... demora
tu dolor... Ven.

SOR CAT. (Me asesina!)
(Vánse por la lateral del segundo término de la izquierda.)

ESCENA IV.

LORENZO y PASCUAL.

Lorenzo queda preocupado. La escena que sigue es una insinuacion de los celos. Acentúese con las pausas y acentos correspondientes.

LOR. Te explicas esa emocion?

PASC. En la monja no me extraña.

LOR. Y en Isabel?

PASC. (Con malicia.) No me engaña.

LOR. Qué? (Intranquilo.)

PASC. Que puede haber razon.

LOR. Cuál?

PASC. Algun mozo arrogante.

LOR. Presumes...

PASC. De ser astuto.

LOR. Que Isabel?... Imbécil... bruto.

PASC. No es buen mozo el comandante?

LOR. No sabes el mal que has hecho!
(Pausa. Recelo en Lorenzo)

PASC. Si no es verdad. Este dato
¿no indica nada?
(Imita la actitud de enjugar los ojos.)

LOR. (Con vehemencia.) ¡Insensato!

PASC. Yo no lo afirmo... sospecho...

LOR. Pausa. Apela á buscar razones en contra de la duda.)
¿No se han conocido ahora?
PASC. No lo sé, ni me interesa.
LOR. Amarse así... de sorpresa.
PASC. Pregúntale por qué llora.
LOR. Por... ¡Pascual! (Con desesperacion.)
PASC. (Con ironía.) Me has convencido.
LOR. Me estás matando... ¡Por Dios!
PASC. Infeliz!... Entre los dos
no serías preferido.
LOR. La razon. (Con orgullo.)
PASC. Busca un espejo;
mira tu traje y tu porte:
tú eres de pueblo, él de córte;
á la vez eres más viejo
en esta localidad,
que aunque te pese y te irrite
en todas partes se admite
y priva la novedad.
Y la razon es muy clara.
LOR. Déjame. (Con desden.)
PASC. Calma, Lorenzo,
la guerra ha dado comienzo
y te va costando cara.
LOR. Mas no sufro!...
PASC. (Con entereza é intencion.) Que te vendes...
que te ha herido ese puñal...
¡Egoista pedernal,
contra lo duro te enciendes!
LOR. Egoista?...
PASC. É inhumano.
Un suspiro, esa mujer,
te hace olvidar tu deber
y la muerte de tu hermano.
Y claro dice ese hecho
que serás en la existencia
cobarde, por conveniencia,
y valiente por despecho;
para tu bien, testarudo,
y siempre endeble en la fé;
y esta es la verdad, porque

te lo dice un hombre rudo.
LOR. Que me insultas!
PASC. Nadie falta
cuando adivina, y aún puedo
á lo que te digo quedo,
añadir algo en voz alta.

ESCENA V.

DICHOS y D. PEDRO que sale apresurado por la lateral izquierda, segundo término.

PEDRO. Llegó el momento?
PASC. Si tal.
PEDRO. Está la tropa vencida?
PASC. Sí.
LOR. Cuándo es nuestra partida?
PEDRO. Al amanecer. Pascual,
vé y llama en todas las puertas
aunque el aldabon estalle,
puebla de gentes la calle,
deja las casas desiertas,
y que todo brazo fuerte
tome un fusil ó una lanza.
LOR. El santo y seña.
PEDRO. Venganza...
esterminio... luto... muerte.
Lo que infunda más coraje.
PASC. Lo que estimule el valor.
LOR. Lo que despierte un rencor.
PEDRO. (Como inspirado.) Lo que recuerde un ultraje!
Dí que los franceses llegan.
LOR. Muy bien pensado.
PASC. Corriente.
PEDRO. Á ese recuerdo insolente
ni los cobardes se niegan.
Toda casa está ultrajada
y habrá que vengar de cierto
la sombra del padre muerto
ó de la hija deshonrada.
Que el trueno en las calles ruja,
Al incierto se convoya,

al que tiemble se le apoya,
al que dude se le empuja,
y al que niegue se le emplaza.
Al punto os sigo.
(Pascual se encamina hácia la puerta.)

LOR. Pascual,
yo el primero.

PASC. (Con desden.) Me es igual.
Dónde es la cita? (Á D. Pedro.)

PEDRO. En la plaza.
(Vánse por la lateral derecha.)

ESCENA VI.

D. PEDRO y luégo JUSTO.

PEDRO. (Se encamina á la puerta del foro y allí se detiene.)
Justo! Justo!... Dormirá...
Justo!... despierta.

JUSTO. (Dentro.) Quién llama?

PEDRO. (Impaciente.) Pronto.

JUSTO. Señor, buenas noches. (Soñoliento.)

PEDRO. Para velar.

JUSTO. Pues qué pasa?

PEDRO. Viejo mastin, deja el sueño,
ponte á esta puerta de guardia,
(Lateral derecha.)
yo me voy y que en mi ausencia
no entre nadie. (Váse por la lateral derecha.)

ESCENA VII.

JUSTO medio dormido.

JUSTO. (Se serena y mira en derredor.) Aguarda,
pues se ha ido... ¿Que no entre?
Y quién ha de entrar? Caramba!
Mi señor no está muy firme
de razon. (Se sienta en el sillon de la izquierda.)
Quién diablos anda
en este enredo? (Bosteza.) Nosotros
ya hemos cumplido. (Bosteza.) Descansa,

viejo Justo, que á los viejos
no los quieren ni las balas.
(Reclina la cabeza sobre la mesa.)

ESCENA VIII.

DICHO y SOR CATALINA por la lateral de segundo término de la izquierda. Se detiene cerca de la puerta; recorre de una mirada la habitacion.

SOR CAT. Justo! (Llama quedo.)
JUSTO. (Haciendo que duerme.)
No se puede entrar.
SOR CAT. (Avanza un poco.) Justo!
JUSTO. (Sin moverse ni abrir los ojos.)
Duermo... no me irrites.
SOR CAT. Soy yo. (Despertándolo.)
JUSTO. (Levantándose desabrido.) Demonio!
SOR CAT. (Imponiéndole silencio.) No grites.
JUSTO. Señora! (Respetuoso.)
SOR CAT. Déjame hablar.
Murió!...
JUSTO. Quién. (Con extrañeza.)
SOR CAT. Él!
JUSTO. Él?
SOR CAT. Fernando!
JUSTO. El comandante? No acierto...
SOR CAT. Díme si vive ó si ha muerto!
JUSTO. Por qué? Cómo? Dónde? Cuándo?
SOR CAT. Nada sabes?
JUSTO. Á fé mia.
SOR CAT. En una accion.
JUSTO. (Recordando.) Pues aguarde.
Hemos oido esta tarde
fuego de fusilería
muy léjos...
SOR CAT. Justo! ¡Han traido
la noticia de su muerte
y derrota!
JUSTO. Mala suerte!
SOR CAT. ¡Con mala suerte ha nacido!
JUSTO. Tan jóven... tan esforzado...
SOR CAT. ¡Tan bueno!

JUSTO. ¡Cómo ha de ser!
SOR CAT. ¡Ni lo acaricié al nacer,
ni sus ojos he cerrado!
¡Comprende mi desventura!
¡Es mi hijo!...
JUSTO. Lo sé...
SOR CAT. ¡Por eso
le he de dar el primer beso
ántes que á la sepultura
descienda! Vamos.
JUSTO. (Sobresaltado.) Señora.
SOR CAT. Sígueme. (Hace ademan de irse.)
JUSTO. (Jesús, qué trance.)
Aguardad que el dia avance.
SOR CAT. (Con resolucion)
Dia ó noche, siempre es hora
para una madre oportuna.
(Se detiene apesadumbrada.)
¡Sonó la hora, hijo mio!
de ver tu cadáver frio
envuelto en rayos de luna;
solo, rígido, sangriento,
en el lugar del combate!
Tal vez su corazon late
y su postrimer lamento
perdiéndose está, buscando
un alma que lo recoja.
(Indicando el fondo oscuro de la puerta del foro.)
¡Mira!... ¡un buitre lo despoja!...
¡Hijo!... ¡voy!... me está llamando!
(Se encamina trémula y apresurada hácia la puerta del foro por donde se vá seguida de Justo.)

ESCENA IX.

ISABEL, luégo FERNANDO, sale por la lateral del primer término de la izquierda. Avanza lentamente revelando indecision y pesadumbre.

ISABEL. Muerto!... muerto!... no: han mentido.
Yo vivo, ¡si él no existiera,
no viviría, que hubiera
de su muerte sucumbido!

(Se apoya en el sillon y queda abstraida.)
Vive! Vive, aquí en mi alma!
Lo veo!... ¡es él!... Escuchad...
Vive!... vive!... ¿No es verdad?
Y con qué sombría calma
todo responde callando!
Voy á saberlo. (Se dirige al foro y se detíene)
No! (Resolviéndose.) Sea!
(Suenan golpes en la lateral derecha. Se enjuga los ojos y se encamina á la lateral izquierda)
Mi padre!... Que no me vea
llorar...

FERN. Isabel! (Por la lateral derecha.)

ISABEL. (Se vuelve. Asombrada.) Fernando!
Es tu sombra ó tu presencia?

FERN. Sombra, pues te sigo.

ISABEL. Á ver!...
Avanza para tener
conviccion de tu existencia.

FERN. ¡Vida mia! (Abrazándola)

ISABEL. Estoy temblando!
Temo que la muerte acuda!
(Mirándolo con embeleso.)
¡Pero no has muerto!

FERN. (Con pasíon) Sin duda,
pues estoy resucitando!

ISABEL. Qué alegría y qué pesar!

FERN. Por qué?

ISABEL. La nueva trajeron
de tu muerte.

FERN. Quién?

ISABEL. Te vieron
con tu caballo rodar
entre muertos y entre heridos.

FERN. Cierto.

ISABEL. ¡Guerreros, errores!
Empezásteis vencedores
y acabásteis en vencidos.

FERN. Quién ha inventado esa historia?

ISABEL Triunfante?

FERN. (Con entusiasmo.) Fuí vencedor.
Pátria, libertad y amor,

son heraldos de victoria.

ISABEL. La guerra es cruel é ingrata,
no es amor.

FERN. No lo parece.

ISABEL. Sólo á la muerte obedece.

FERN. Porque el amor tambien mata.
Tus ojos lo están diciendo,
que buscan en su extravío
á ese mensajero impío
que mintió: ya lo estás viendo.
De mi vida no te cuides,
tan seguro es mi existir,
que sólo pienso morir,
Isabel, cuando me olvides.

ISABEL. Vete! (Apartándose de Fernando.)

FERN. (Recloso.) Tan pronto! ¿Qué oscuro
pensamiento te asesora?

ISABEL. Vete... vete... que ya es hora,
y este lugar no es seguro.

FERN. Algun pretesto disfraza
la intencion que titubea.

ISABEL. Todo lo que nos rodea
parece que te amenaza.

FERN. Tu padre...

ISABEL. Me has comprendido.

FERN. Me odia?

ISABEL. Silencio!...

FERN. Descuida.

ISABEL. (Con noblnza) Es mi padre.

FERN. ¡Ay de su vida
si tú no hubieras nacido!

ISABEL. Fernando! (Con susto.)

FERN. No es el rencor,
Isabel, quien me hace hablar.
Vengo á tu padre á salvar.
Que dé gracias á mi amor!

ISABEL. Qué dices! (Trémula.)

FERN. No lo agradezcas,
porque al desleal me igualo.

ISABEL. Si alguna vez eres malo, (Con ternura.)
que como ahora me parezcas.

FERN. De obrar cual debo, mañana

vieras mis tropas llegar,
la sentencia á ejecutar
de don Pedro de Lizana.

ISABEL. Y eres tú quien sin espanto
trae la horrible noticia?

FERN. Júzgame con injusticia,
pero reserva tu llanto
para verterlo conmigo
expuesto al fallo inclemente,
pues quien salva al delincuente
no se libra del castigo.

ISABEL. Delincuente!...

FERN. Contumáz,
fomentador del tumulto,
jefe y director oculto
de un partido que la paz
perturba y la sombra espera,
y con intencion traidora
pretende ocultar la aurora
con la noche pasajera.

ISABEL. Calla!... Calla!... ¿No comprendes
lo que tú me has enseñado?
No está mi padre acusado?
Si lo salvas ¿no te vendes?
¡Por qué me amaste!

FERN. Te pesa?

ISABEL. ¡Tanto que no sé elegir!
¡Yo moriré!

FERN. (Con pasion.) ¡Tú morir!...
Isabel, hice promesa
con solemne juramento
de vencer al bando altivo
y de entregar muerto ó vivo
al jefe del alzamiento.
Tu padre tal se proclama.
(Exhibiendo unos papeles.)
Hé aquí las pruebas malditas.

ISABEL. Dámelas. (Con precipitacion.)

FERN. No necesitas (Retirando la mano.)
otro esfuerzo, ni otra llama.
(Los acerca á la luz y los quema.)

ISABEL. ¡Bendito sea tu amor! (Con pasion.)

FERN. ¿Qué otra cosa debo hacer?
Falsario de mi deber
y verdugo de mi honor
me doy vergüenza á mí mismo.
¡Y el sacrificio es en vano!
Una negra horrible mano,
traza y diseña el abismo
más insondable, el que mide
su larga extension, de suerte
que su límite es la muerte;
¡el que aprisiona y divide
nuestra vocacion amante,
sin que lo pueda cruzar
ni áun el alma, al exhalar
el suspiro agonizante!

ISABEL. ¿De dónde vienes que auguras
horrores?

FERN. De combatir
sin descanso para abrir
á los muertos sepulturas.
Qué horror! qué empuje! que saña!
agresores y agredidos,
vencedores y vencidos,
gritábamos ¡viva España!
exclamacion noble, rota
por el grito de agonía
de un español, que moría
á manos de un compatriota.
Rendido y enamorado
la vida te consagré,
y ya no es mía, porque
me la defendió un soldado.
Vió el peligro, lo arrostró,
hizo fuego contra el grupo;
quién era el blanco no supo,
porque al saberlo, cayó
sin sentido, estando ileso,
y al recobrar la existencia,
sintió agobio en la conciencia
y al cadáver le dió un beso.
La misma suerte me alcanza
y en su rigor me numera,

que he salvado mi bandera
á costa de la esperanza
más suprema de mi vida:
¡permite ya que he vencido,
que te dé mi bien perdido
el beso de despedida!

ISABEL. ¡Me abandonas!

FERN. ¡Quién desea
destruir lo que lo ampara!

ISABEL. Quién te obliga?

FERN. Nos separa,
el abismo de una idea.

ISABEL. Qué dices?

FERN. Lo que presiento.
Anticipo la agonía:
se hace la aurora sombría,
escucho el bramar del viento
que á sí mismo se atropella
y arremolinado sube;
veo agitarse la nube
y en la nube la centella;
rasgarse la catarata
y dar brío una vez rota
á la tempestad que azota
y al torrente que arrebata.
¡Y á qué aludir con desvío
y por qué al símil apelo!
Ni las fierezas del cielo,
ni las bravuras del rio,
ni la borrasca deshecha
que al buque arrolla y desgarra,
ni la tormenta que barra
á los valles su cosecha,
son cual ódios inclementes
que luchan en los estrechos
abismos de nuestros pechos,
y espacios de nuestras frentes.
Y si exajero al pintar
porque es loco mi sentir,
no extrañes que al presentir
que se pueda desatar
el lazo á nuestros amores,

el corazon egoista,
todos los espacios vista
de catástrofes y horrores.

ISABEL. No te entiendo. (Con sencillez.)

FERN. Eres mujer
y yo te puedo probar
que tú me has de rechazar
sin dejarme de querer.

ISABEL. ¡Calla, impío! (Con amor.)

FERN. Tú me nombras.
Primer clavo de mi cruz,
que si ahora soy todo luz,
seré en breve todo sombras.

ISABEL. Sí: luz del alma constante
que no entiende tu arrebato,
y por no juzgarte ingrato.
presume que delirante
habla en tí la calentura;
y que sea lo que sea
ese abismo y esa idea,
amor eterno te jura.

FERN. Habla... ¡Vuélvelo á decir!
Colmaste mi afán supremo,
ya soy fuerte, nada temo,
sabré vencer y vivir.

ISABEL. Por mostrarte generoso
con mi padre; porque te amo
te considero y te llamo
desde este instante mi esposo.

FERN. Mi esperanza está cumplida!
y pues es pura, en tu frente
toma un beso. ¡Aunque me ausente,
no es beso de despedida!
(Quedan abrazados, mirándose apasionadamente.)

ESCENA X.

DICHOS y D. PEDRO por el foro. Queda asombrado al ver el grupo que forman FERNANDO é ISABEL: intenta avanzar y se detiene; mira y duda: el talento del actor interpretará este momento.

PEDRO. (Jesucristo!... vive!... Horror!...

Este es un sueño, un delirio
de deshonra y de martirio!)
Isabel!... (Con voz severa.)

ISABEL. (Desprendiéndose de Fernando.) Padre!...

FERN. (Con respeto.) Señor!

PEDRO. (Á Isabel.) Respondes... tú! Tu figura,
tu voz es un fingimiento.
¡Por no verla así consiento
mirarla en la sepultura!

ISABEL. Padre!... (Con espanto y acercándose á D. Pedro.)

PEDRO. Tú te has empeñado
en desmentir lo que pruebas
y en demostrarme que llevas
la sangre de un hombre honrado!

ISABEL. Dios mio! (Acogiéndose á D. Pedro.)

FERN. Señor... (Con dignidad.)

PEDRO. (Rechazando á su lado derecho á Isabel que permanece asida á D Pedro como si quisiera evitar una colision con Fernando.)
Aún vives!
¿Del infierno acaso vienes?
¿Qué agravios contra mí tienes?
¿Por qué á mi vista te exhibes,
sombra de mi horrible suerte?
¡Aniquilarte quisiera,
si en mis manos estuviera
dar á una sombra la muerte!

ISABEL. Os viene á salvar!...

PEDRO. (Á Isabel.) Lo infiero.
Como hacían los paganos
que para salvar cristianos
los infamaban primero.

FERN. Reportaos... (Con dignidad.)

PEDRO. Me sonrojo.

FERN. Nada hay que no os abrillante;
y haced porque en este instante
se muestre mudo el enojo.
Aquí he venido á quemar
cartas de un conspirador,
á quien en caso peor
fuera forzoso matar.

ISABEL. Es cierto.

PEDRO. (Rechazando á Isabel.) Se abre mi herida,
sangre brota... Aparta... fuera!
Yo sigo siendo quien era.
(Oprimiendo á Isabel emtre sus brazos.)
Y tú aprende que mi vida
es mi honor y así la llamo:
y á ese torpe que me indulta,
y á quien mi desprecio insulta,
desprécialo.

ISABEL. (Momento de indecision, de sorpresa, de angustia: con voz entrecortada y trémula hace la revelacion que sigue, cayendo de rodillas á las piés de D. Pedro. El talento de la actriz suplirá todas las indicaciones.)
Padre!...lo amo!

PEDRO. Qué has dicho! (Con sorpresa é indignacion.)

ISABEL. ¡Lo amaba, padre!

PEDRO. (Con ira y teniendo á Isabel cogida por los brazos.)
Niégalo!

ISABEL. Si lo he callado!

PEDRO. Niégalo!... que no he dudado
de la honradez de tu madre,
y quien con mi sangre aliente
debió heredar mis rencores.

ISABEL. Jesús!

PEDRO. (Con arrebato y sujetándola.)
Habla!... no demores
la negativa!...

FERN. No miente, (Con energía.)
y yo lo afirmo y lo acato.
Honradamente la adoro.

PEDRO. Si eso es verdad... lo deploro
y honradamente la mato.

FERN. (Resueltamente se interpone; arraaca á Isabel de las manos de D. Pedro y retrocede á la izquierda, amparándola.)
Atrás! (Con altivez.)

PEDRO. Qué intentas, traidor?
Siempre mi estorbo has de ser.
¡Ley suprema del deber!

FERN. (Poniéndose en actitud de defender á Isabel.)
¡Ley suprema del amor!

Atrás?... atrás!... estoy ciego!...
es mi vida!... No desmayo.
Venga el trueno, venga el rayo,
¡todos los poderes niego!

PEDRO. La impiedad es tu acicate.
¡Hija!

ISABEL. Aquí estoy.
(Yendo resuelta á los brazos de D. Pedro.)

FERN. (Suplicante.) Tu promesa!...

ISABEL. La afirmo, que no me pesa.
(Con nobleza y cayendo de rodillas á los piés de D. Pedro.)
Es mi padre... ¡que me mate!

PEDRO. Tu promesa?... Ser su esposa?
¡Nunca!... Imposible!

FERN. (Suplicante.) Señor!...

PEDRO. Nunca... imposible... mejor
te hundiría en una fosa.

FERN. Á vuestros piés...

PEDRO. Si no quieres,
ni te humilles ni des voces,
que si tú no me conoces
en cambio yo sé quién eres.

FERN. Quién soy?... (Irguiéndose.)
(Quedan mirándose frente á frente, é Isabel abatida junto á D. Pedro.)

ESCENA XI.

DICHOS, SOR CATALINA y LORENZO por la puerta del fore, en la que se detienen sorprendidos.

SOR CAT. (¡Vive!) (Con alegría.)

LOR. (Aparte á Sor Catalina, é indicándole á Fernando.)
(No me fio
de mis ojos... ¿Es él?)

SOR CAT. (Cierto:
es él, Fernando.)

LOR. (No ha muerto!)

PEDRO. Eres...

LOR. (En un rapto de ira, apunta con una pistola á Fernando.)

Que muera.

SOR CAT. (Interponiéndose.) ¡Hijo mio!

(Los circunstantes miran á Sor Catalina y Lorenzo.)

PEDRO. Quién responde? Catalina!

SOR CAT. (Amparando á Fernando, junto al que se sitúa.)
Cobarde!... tira.

LOR. (Con rabia.) Me insulta?

PEDRO. (Acercándose á Lorenzo y quitándole la pistola.)
Dame, y tu vergüenza oculta,
que es cobarde el que asesina.

(La situacion de los personajes es como sigue: á la derecha, primer término, Isabel, á su derecha don Pedro, á su frente, en igual término, Fernando, y protegiendo á Fernando Sor Catalina, al foro Lorenzo.)

LOR. Te emplazo. (Despues de una pausa.)

FERN. En otra emboscada?

LOR. Frente á frente.

FERN. (Con desden.) Ó de otro modo;
¡en quien lo ha perdido todo,
perder lo ménos es nada!

LOR. Vamos. (Indicando la salida.)

FERN. (Al apartarse de Sor Catalina, ésta quiere contenerlo, pero se detiene ante una mirada de su hermano.)
Vamos. No me pesa
que realices tu intento,
y tal estoy que á fé siento
no haya sido por sorpresa.

(Se encamina lentamente hácia la puerta en actitud noble. D. Pedro se repliega junto á Isabel. Lorenzo se coloca á uno de los lados de la entrada.)

SOR CAT. (Ni una mirada me envía!)

FERN. (Reparando en Sor Catalina.)
Gracias, noble defensora.
(Se dirige hácia ella.)
La vida os debo, señora,
os llamaré madre mia.

(La coge las manos y se las besa.)

SOR CAT. Gracias!

PEDRO. Sin saberlo acierta.

FERN. (Volviéndose á mirar á Isabel.)
Isabel... Isabel...

PEDRO. (Interponiéndose.) Calla!
FERN. Ya queda en pie la muralla!
PEDRO. Ya queda franca la puerta.
(Despues de mirarse firmemente D. Pedro y Fernando, váse por el foro con Lorenzo.)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS ménos LORENZO y FERNANDO.

SOR CAT. (Tan pronto como desaparecen, se pone de rodillas, mira al cielo en actitud suplicante, y dice con vehemencia.)
¡Dios mio, su vida escuda!
PEDRO. Basta. (Con enojo.)
ISABEL. (De rodillas con vehemencia.)
¡Protégele!
PEDRO. (Mira á una y otra.) ¡Dios,
y ninguna de las dos
muestra á mi infortunio ayuda!
Teneis fijo el pensamiento
en quien me llegó á ultrajar:
(Le levantan y acuden á D. Pedro que las rechaza con la actitud.)
pues bien, ireis á rezar
juntas á un mismo convento.
(Ellas se acercan con los brazos extendidos hácia D. Pedro, y éste hace ademan de rechazarlas. Telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La escena representa la entrada de un convento. Al foro la puerta de clausura practicable y con gradería: á la derecha la iglesia, á la izquierda la hospedería, y entre esta y la clausura, campo y entrada exterior.

ESCENA PRIMERA.

PASCUAL con traje á lo guerrillero por la puerta exterior. El SACRISTAN se dirige á la iglesia. El primero hace señas al último, y se encuentran en el centro del proscenio.

PASC. Apaga-velas. (En tono francote.)
SAC. No entiendo...
(Mirándolo con extrañeza y haciendo un mohin cómico.)
me llamo...
PASC. Mata-candelas.
SAC. No soy sólo apaga-velas (Amoscado.)
porque tambien las enciendo.
Vaya!...
PASC. Gallea y se aguza?...

(Irónico y brusco.)

SAC. Y no permito...

PASC. (Queriendo asustarlo.) Chiton...
cirio de luto.

SAC. (Reproche mujeril.) Maton!

PASC. Que ya me canso... lechuza!

SAC. Usted es muy... natural.
Abur...

PASC. (Sujetándolo.) Nadie se me escapa
(Haciendo ademán de darle un sopapo.)
¿Necesito acaso al papa
para hacerte cardenal?

SAC. Mande usted. (Humilde.)

PASC. Así te quiero
¿No has visto nunca mi busto?

SAC. No tenía tal...

PASC. Disgusto.
Pues yo soy el Cabalero.

SAC. Usted? (Con sorpresa y alegría.)

PASC. Yo. No te amilanes.

SAC. ¿El que va armando?...

PASC. (Imponiéndole silencio.) Sigilo...
Pende mi vida de un hilo.

SAC. Y el terror...

PASC. De sacristanes.
No soy ningun terremoto.

SAC. Dicen...

PASC. Que nadie me iguala?
Pues si me topa una bala!...
Aunque creyente y devoto,
aquí donde tú me ves,
¿sabes lo que me acredita?
no acudir á Santa Rita
y encomendarme á los piés.
Anda, dile al capellan
que mi gente está que jura;
es de buena dentadura,
bebe vino y come pan.

SAC. Somos pobres! (En tono beato.)

PASC. Quita, quita:
tan considerado estoy
que á donde quiera que voy

se me paga la visita.
SAC. ¿Y dónde no haya dinero?
PASC. Pues que me basto y me sobro
y donde no pagan... cobro;
por eso soy Caballero.
Te has enterado?
SAC. Cabales.
PASC. Y qué vais á hacer?
SAC. Pagar.
Si usted hace de un seglar
veinte ó treinta cardenales. (Vá á irse.)
PASC. Oye.
SAC. Si ya me convenzo.
PASC. Hay gente de fuera?
SAC. Sí.
PASC. Quiénes? (Receloso.)
SAC. Mire usted: allí
(Indicando la hospedería por donde sale Lorenzo.)
asoman.
LOR. Pascual.
PASC. Lorenzo.
(Váse el Sacristan por la iglesia.)

ESCENA II.

PASCUAL y LORENZO.

PASC. Me buscabas? (Grave.)
LOR. (Pesaroso.) Tal no trato.
PASC. Ya lo había presumido (Irónico.)
al verte tan compungido
y con cara de beato.
LOR. Ni sufres, ni te interesas
en mi desdicha, Pascual.
¡Qué ¡infortunio y qué final!
PASC. Pero qué pasa? Profesas?
LOR. No abuses!...
PASC. (Reproche desdeñoso.) Nada me choca
desde que el bulto escurriste.
¡Si me parece que viste
delantal, sayas y toca!

LOR. Eres cruel! (Amargado)
PASC. Buen talante
Y cómo me has engañado!...
Si ya te había comprado
divisas de comandante.
Ni de cadete te admito;
el que suspira no manda,
cuando organice la banda
ven y tocarás el pito.
LOR. Si esa mujer!...
PASC. No te quiere
y se lo debo aplaudir:
por quien no sabe morir
ninguna mujer se muere.
LOR. Pero yo...
PASC. Sí: lo presumo:
con más rabia y más despecho,
con un volcan en el pecho
del que sólo sale humo.
LOR. En sufrirte soy prudente
y en hablarte está mi error,
que me entendiera mejor
todo aquello que no siente.
No eres más que un rudimento
de hombre.
PASC. (Con altivez y menosprecio.) Sobra: y aligera
la relacion.
LOR. Casi fiera;
instinto sin sentimiento.
PASC. No te hago caso!... y escucha.
LOR. Adios. (Hace ademan de irse.)
PASC. (Imperioso y rudo.) Pára: hablar me toca.
¿Ves este pecho?... es de roca;
¿ves este brazo?... es de lucha,
¿ves esta frente ruin?
no hay arruga que proclame
ningun pensamiento infame;
¿ves mis ojos de mastin,
que en esto mastin me llamo?
Saben siempre columbrar
al lobo para luchar,
para defenderlo, al amo.

Y estos cortezosos labios,
advierte que son mejores
para agradecer favores
que para expresar agravios.
¿Y el corazon?... ¿Te parece
que no tengo?... Y muy leal...
Es rudo, pero no erial
lo que aquí se siembra, crece.
Me direis que soy negado,
y muy bestia, ya lo sé,
porque tengo tanta fé,
que creo á puño cerrado.
Porque estimo lo que cómo,
mi obediencia no pregunta,
y ya dirijo la yunta
ó subo arrobas á lomo;
y si nos lo manda el rey
voy á donde me destina,
me aferro en la disciplina
y llevo en hombros la Ley:
y si un borron ó un ultraje
en lo que adoro me enseñas,
y me lanzas á las breñas,
soy hombre, pero salvaje;
tempestad sobre gavillas
que no vé, ni en ello goza,
ni la heredad que destroza
ni los robles que hace astillas.
No somos del mismo cuño,
nos diferencia el querer,
tú prefieres la mujer
y yo amo más el terruño.
Pues tú sabes, de tí espero;
¿no soy nada?... dáme nombre,
si sólo soy medio hombre
hazme tú de cuerpo entero.

LOR. Tienes razon!... Sólo lidio
con mi interés, en tí alabo
la libertad. ¡Soy exclavo
y te comprendo y te envidio!
Pero no me embarga el miedo,
lo que me impulsa me amarra,

y mi pecho se desgarra
si lucho, y si lucho cedo.

PASC. Qué esperas?

LOR. Todo en mi daño.
Lo que me debe amargar,
lo que me puede curar,
la herida del desengaño.

PASC. Con qué marcial continente
tu rival luce en la lucha!...
Jamás al temor escucha;
qué esforzado, qué valiente!
Ama con pasion serena,
lo alabo y no me denigro,
él desafia el peligro
y así divierte su pena.

LOR. ¿Sabes á quien se destina
el triunfo?... Lo buscaré,
lucharemos, me valdré
de la propia medicina.

PASC. La cuenta es á mucho plazo?

LOR. Á tí el sol te lo dirá,
esta noche él lo sabrá,
¡y ay, si él es yunque y yo mazo!
(Indicándole á Sor Catalina, Isabel, D. Pedro y Justo que salen de la hospedería.)
Y si no te satisface,
mira, atiende, considera,
no me acrimines y espera
á que el drama desenlace.

ESCENA III.

DICHOS, D. PEDRO, SOR CATALINA, ISABEL y JUSTO. Van delante Sor Catalina é Isabel en direccion á la Iglesia.

PEDRO. Isabel? (Isabel y Sor Catalina se detienen.)

ISABEL. Padre?

PEDRO. Un instante
y que nos sea propicio.
Me duele tu sacrificio.
Si mi ruego no es bastante,

añado todas mis quejas,
y si áun tu teson resiste,
¡medita un poco en la triste
soledad en que me dejas!

SOR CAT. Hija mia! te aconsejo
que regreses á tu hogar,
á atender, á contemplar
los dias de un padre viejo.

ISABEL. (Despues de un momento de reflexíon.)
Iré.

PEDRO. Gracias!

LOR. ¡Dios clemente!

ISABEL. Algo lo puede impedir:
iré gustosa á vivir
con mi padre solamente.

PEDRO. No... no. Isabel, mi reposo
pide algo más que llevarte
á mi lado, quiere darte
un compañero, un esposo,
un guia.

ISABEL. (Con entereza.) Imposible!

LOR. (Suplicante.) Atiende!...

PEDRO. ¡Mi ruego no es preferible!

ISABEL. Quien me pide un imposible
me atormenta y no comprende
que abusa de mi dolor

PEDRO. (Con amargura y rencor.)
Sigue amando lo que ódio,
y el cláustro sea el custodio
de mi nombre y de mi honor.

SOR CAT. Si el sacrificio se mide
hazlo mayor: obedece.

ISABEL. ¡No puedo! ((Con angustia.)

PEDRO. Quién lo entorpece?...

ISABEL La fé jurada lo impide.

PEDRO. No ante Dios.

ISABEL. Consentimiento
que dá el alma, es un deber;
¡para Dios debe tener
la fuerza de un sacramento!

(Vánse Sor Catalina é Isabel delante, detrás D. Pedro, por la puerta de la iglesia. Lorenzo se arrin-

cona y queda abstraido. Pascual y Justo forman grupo en el centro de la escena. Justo dá señales de pesar y Pascual se le acerca.)

ESCENA IV.

JUSTO, LORENZO y PASCUAL.

PASC. Justo, ¿qué se está pensando?
¿no te agrada la funcion?
JUSTO. En que tengo un corazon
á la vez fuerte y muy blando.
PASC. Eso á todos nos sucede:
el que es bueno es siempre niño.
JUSTO. En cuestiones de cariño
puede ménos quien más puede.
PASC. Duro es don Pedro.
JUSTO. (Con amargura.) Así cuida
su salud!
PASC. Qué fortaleza
tan cruel.
JUSTO. Cada dureza
le arranca un año de vida.
PASC. No tiene perdon de Dios.
Pobre niña, hermosa y buena.
JUSTO. Te emociona?... te dá pena?...
¡pues compadece á los dos!
Si supieses distinguir,
comprendieras de seguro,
que mi señor es muy duro,
muy cruel.. ¡para sufrir!

ESCENA V.

DICHOS y D. PEDRO que sale agitado de la iglesia, Todos acuden á él.

PEDRO. Justo, Lorenzo, Pascual,
venid, distraedme, habladme,
reprendedme, aconsejadme.

Decid si el génio del mal
me sujeta, ó Dios me inspira,
si acierto, si me equivoco,
que yo estoy turbado, loco,
y quien sufre así delira.

JUSTO. Es preciso deshacer
lo hecho.

PEDRO. (Interrogando.) Pascual?

PASC. Lo mismo.

PEDRO. ¡Y qué siente tu egoismo! (Á Lorenzo.)

LOR. Que no sabe resolver.
Que no transijo, que adoro,
que no espero, que soy duro:
que no hay lugar más seguro
para guardar un tesoro.

PEDRO. Me dices que no transija?
y me advierte mi dolor
que no hay soledad mayor
que la de un padre sin hija.
¡Que sea firme en negar
me impones, que no me apiade!
y veo un rio que invade
el rescoldo de mi hogar.
¡Que eche á mi alegría un velo!
inútiles emboscadas:
ven mis ojos dos miradas
que se dan cita en el cielo.
Nada en mi rigor se apoya,
y estéril se desmenuza:
¡qué muros, si el sol los cruza
por la triste claraboya!
Amo la verdad, la luz,
y que ahora soy considero
el sombrío carpintero
que desbasta tosca cruz.
Y descubro en mi delirio,
que el tirano es ignorante,
vasallo ó rey fabricante
de coronas de martirio.
¡Aprende con el ejemplo!
¿Te se enrosca al corazon
la sierpe de tu pasion?

Sígueme, pues: ven al templo.

LOR. Para qué?

PEDRO. Para probar
tu temple, tu fortaleza.

LOR. No hace falta. (Iracundo.)

PEDRO. Ven y reza.

LOR. No es momento de rezar.

(El órgano toca un Salterio; D. Pedro toma á Lorenzo de la mano y lo aproxima á la puerta de la Iglesia.)

PEDRO. Ven y mira, ven y siente.
Suena el místico Salterio,
y se apodera el misterio
del corazon del creyente.
Por la cúpula grandiosa
el incienso forma nube,
y entre sus girones sube
la plegaria fervorosa.
El cáliz en el altar,
el sacerdote ante el ara,
se recoge y se prepara
á humillarse y á adorar.
Se velan las celosías,
los ódios ceden ó aplazan,
en el órgano se enlazan
celestiales armonías:
el bronce vibra en la altura,
se difunde en los espacios,
y en cabañas y en palacios
todos rezan, nadie jura.
Se apiada el juez que condena,
se desarma el asesino,
¡y yo ante esa voz me inclino,
y acato lo que me ordena!

(Queda D. Pedro inclinado y reverente. Lorenzo se dirige á Pascual. Cesa el Salterio.)

LOR. Pascual, corriendo, al instante,
al galope desbocado.

PASC. Á qué?

LOR. No te has enterado?
Que avises al comandante.
¿Te extrañas de lo que digo?

¿No ves que ya se acomoda?
Dile que venga á su boda,
y que yo seré testigo.

PEDRO. (Con sorpresa é indignacion.)
¡Mientes, no llegué á ese extremo!

LOR. Vete, y que contigo vuelva.
(Á D. Pedro y con energía.)
¿No hace falta quien resuelva?
yo ni vacilo, ni temo.

PEDRO. ¡Ya me heriste la memoria,
ya el corazon no obedece,
y ya la paz se estremece
con batallas de mi historia!
Á ese contubernio horrible
nunca el ánimo inclinaste,
y si loco lo pensaste
has pensado un imposible.
(El órgano preludia un coro religioso: Tañen las campanas. Todos quedan en actitud de escuchar.)

LOR. ¡Ya es tarde! (Con satisfaccion.)

PEDRO. (Con amargura.) ¡Ya es el segundo
sacrificio en el que cedo
parte del alma; me quedo
solo y aislado en el mundo!
Justo, vamos, sé mi guía.
¡Quiere el inflexible Juez
verla por última vez!
(Hace ademán de encaminarse á la iglesia. Se abren las puertas de clausura, y aparecen en primer término un sacerdote; un poco más atrás Sor Catalina é Isabel abrazadas y enlazadas las manos, y al fondo coro de monjas con luces.)

JUSTO. Allí: mirad.
(Deteniendo á D. Pedro é indicándole la clausura.)

PEDRO. ¡¡Hija mia!!
(Con estupefaccion y angustia.)

ESCENA VI.

DICHOS, SOR CATALINA, ISABEL y el SACERDOTE.

SAC. (Desciende y se coloca al pie de la gradería. A Isabel.)
Dios inspire tu albedrío
del claustro en la augusta calma.
SOR CAT. ¡Adios, hermano del alma!
ISABEL. ¡Hasta el cielo, padre mio!
(Isabel queda reclinada en brazos de Sor Catalina. Las puertas de la clausura se cierran por adentro.)

ESCENA VII.

DICHOS ménos SOR CATALINA é ISABEL.

PEDRO. (Precipitándose á la puerta de clausura.)
No!... no!... Espera! ¡Soy culpable
de su desdicha! Hé faltado!
SAC. Señor, el claustro es sagrado.
(Váse por la iglesia.)
PEDRO. Triunfa destino implacable!
(Situacion de los personajes: Á la puerta de clausura á cierta distancia, D. Pedro abstraido; á su lado Justo; más allá, y al extremo opuesto, Pascual, hácia quien se dirige Lorenzo.)
LOR. Estoy pronto.
PASC. Y diligente.
LOR. Es que al cerrrarse esa puerta
cayó mi esperanza muerta
y el desengaño es valiente.
Busca riesgos á mi vida.
PASC. Ese propósito es fuerte?
LOR. Para jugar á la muerte
dame plaza en tu partida.

PASC. Entónces no te amonesto.
LOR. Qué te detiene?
PASC. Á partir.
PEDRO. (Irguiéndose y tembloroso.)
Esperad. Yo quiero ir;
nadie dispute mi puesto.
JUSTO. Señor!
PASC. Señor!
(Acudiendo á sostenerlo á la vez que Lorenzo.)
PEDRO. Siento agobio;
llevadme de aquí, os lo pido.
¡Lucho, lucho, y no decido
entre su suerte y mi oprobio.
(Lo conducen apoyándolo á la hospedería. Pascual que va el último se detiene al oir un silbido.)

ESCENA VIII.

PASCUAL solo.

PASC. Me avisan?... algo me amaga.
Es forzoso prevenirme.
¿Vendrá Lorenzo? ¿Hé de irme
á la postre sin la paga?
Al Sacristan se la atrapo,
vaya!... pues buena es mi gente.
(Vá á irse y suena otro silbido.)
Otro aviso?... Lo prudente
es atenderlo: me escapo.
(Vá hácia la puerta exterior é instantáneamente vuelve azarado é indeciso.)
Allí las tropas están...
De mi vida no respondo.
Ah!... la iglesia... Allí me escondo
á costa del Sacristan.
(Váse por la iglesia.)

ESCENA IX.

FERNANDO que viene del exterior; avanza resueltamente hácia el centro de la escena.

FERN. Será aquí? Tiemblas? Avanza.
Abre ó derriba las puertas.
Terco!... lates con pujanza;
siempre me das esperanza,
¡Corazon, á ver si aciertas!
Desechando el desaliento
voy de convento en convento,
y en tan rudo caminar
marchamos siempre á la par
mi corcel, mi amor y el viento.
Yo deliro, el viento azota,
mi furia el corcel no aguanta;
al castigo se alborota,
y en chispas el fuego brota
al percutir de su planta.
Ruge el viento y ensordece,
la hojarasca barre y corre,
contra el muro ensoberbece
y la fábrica estremece
desde el cimiento á la torre.
¿Á qué inútil tiranía,
laboras, si he de burlarte?
¡Vive Isabel y confía,
que van en compañía
la luz y el viento á buscarte!

ESCENA X.

FERNANDO y el SACRISTAN por la puerta de la iglesia. Aparece vestido con el traje de Pascual.

SAC. (Parado y trémulo al ver á Fernando.)
(*Vade retro:* me denuncio.)

FERN. Tú lo sabes. (Dirigiéndose á él.)
SAC. (Trémulo.) Sí ..si...no...
Soy el otro... ¡no soy yo!
FERN. Sea quien sea. (Impaciente.)
SAC. *Abrenuncio.*
Confundirme no podrán
que aunque á un sacristan monjero
lo vistan de *cabalero*
siempre queda en sacristan.
FERN. Dí, pronto...
SAC. De buena gana,
pero no soy yo.
FERN. (Exaltado.) Responde.
SAC. (Como implorando clemencia.)
El que usted busca se esconde
debajo de mi sotana.
FERN. (Cogiéndolo por el pescuezo.)
Calla... calla...
SAC. ¡Por piedad!
FERN. Tus embrollos sin sentido
á creer me han inducido
que me ocultas la verdad,
que la mentira es tu escudo.
Tú eres cómplice: ella, díme,
¿está aquí?
SAC. (Con voz débil.) Si tanto oprime,
lo ménos me deja mudo.
FERN. Responde. (Dejándolo.)
SAC. Más quién es ella?
FERN. Un ángel que el cielo envía
al mundo!
SAC. (Asintiendo.) Lo parecía.
FERN. Muy hermosa!
SAC. Sí: muy bella
y de muy dulce mirar,
cuando en la iglesia la entraban,
creí que la destinaban
para imágen del altar.
FERN. Cierto: la pintura es fiel.
SAC. Es exacta, no se asombre,
no la exagero.
FERN. Su nombre!

SAC. Su nombre.—Doña Isabel.

FERN. Llévame á donde esté: aciertas
á captarte mi favor.

SAC. (*Con escrúpulo, indicando la clausura.*)
Sin una órden superior
nunca se abren esas puertas.

FERN. ¡Tras esas puertas! (*Sorpresa y frenesí.*)
(*Pausa y asombro.*) ¡Menguado.
No mientes? ¡Allí! Estoy ciego!
(*Confuso, indeciso y asombrado.*)
Tras esas puertas! (*Desesperado.*)

SAC. Sí.

FERN. (*Con amargura y desesperacion.*) ¡Luégo
el crímen se ha consumado!

SAC. Crímen!... (*Asombrado.*)

FERN. (*El actor interpreterá los momentos en que alternan el pesar, la ironía, la amargura y la desesperacion.*)
Te asombras... ¡De suerte
que es precisa la señal
del veneno ó del puñal
para decir que hubo muerte?
Descríbeme el artificio;
¡píntame su desconsuelo!
¿no envió un ángel el cielo
á impedir el sacrificio?
Quién lloraba?... Quién reía?...
Habló Dios?... Dices que no?
Y tú lo dudas?... ¡Si habló,
pero nadie lo entendía!
Los deberes la oprimieron,
los respetos la obligaron,
¡y los hierros no estallaron
ni las puertas resistieron!
(*Solloza: se rehace: Con firmeza.*)
Pues si contra todo fué,
vamos allá. (*Indicando la clausura.*)

SAC. (*Escandalizado.*) ¡Qué locura!
Órden de la prelatura.

FERN. (*Con desesperacion y acritud.*)
Uná órden?... la daré
á mis soldados. Me ahorro

trámites y rendimientos.
¡No he de dejar ni cimientos!
(Se dirige á la salida.)

SAG. Qué profanacion!. . Socorro!
(Se entra corriendo en la hospedería.)

FERN. Grita y que vengan. Retardo
mi propósito.
(Queda en actitud resuelta y desafiadora.)

ESCENA XI.

FERNANDO, JUSTO y LORENZO. Salen de la hospedería: Justo se acerca á Fernando, y el otro se sitúa como para defender la entrada. Sale primero Justo.

JUSTO. Turbais
nuestro dolor, y llegais
tarde!...

FERN. Tarde has dicho!... Aguardo
que lo demuestres, ó asunto
les daré á los que me obligan,
para que con razon digan
que con llegar, llegué á punto.

LOR. A estorbar tus malas artes
aquí estoy.

FERN. (Con frenesi.) No me contento:
con hacerte polvo, el viento
te llevará á todas partes.

LOR. Avanza y pruébalo.

FERN. Extrema
tu osadía!

LOR. Hasta el desprecio

FERN. (Con locura y poniendo mano á la espada.)
Ira de Dios!... Ya no hay precio
que te redima.

PEDRO. (Apareciendo en la puerta de la hospedería.)
Anatema!
(Lorenzo y Justo acuden á sostener á D. Pedro.)
Profano! Dios la ampara!
Los muros rechazarán
tu sacrilegio.

FERN. (Ya están
el reo y juez cara á cara!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y D. PEDRO. Trémulo y vacilante se sitúa cerca de la gradería: su respiracion es fatigosa y jadeante; habla con dificultad y acento ronco; todos, ménos Fernando que se mantiene en su puesto, lo apoyan.

PEDRO. Dejadme... Yo solo basto
contra su loca impaciencia...
Te engendró la violencia
en dia infame y nefasto,
y obras conforme á tu orígen.

FERN. Y mi orígen qué os importa,
si es honrado?

PEDRO. Acorta... acorta...
(Con calma sombría.)

FERN. Señor... no sigais. (Ira reconcentrada.)

PEDRO. Afligen
las sombras en que lo oculto.
mis dias, mi vida entera,
tanto que pensé que fuera
con mi cadáver sepulto.

FERN. Una explicacion. (Con nobleza.)

PEDRO. Detente.
(Rechazándolo con el ademán.)
No os acerqueis... Es impuro (Á todos.)
como el contagio.

FERN. (Con indignacion.) Yo juro
que lo probareis.

PEDRO. Corriente!
(Con calma y amarga ironía.)
(Pausa. Revela dificultad al empezar: el actor interpretará las diferentes emociones.)
Estaban los defensores,
—era en mi pueblo—estenuados,
sin armas... y avergonzados
de verlos los sitiadores.

En una noche funesta
se dió el asalto... ¡Qué graves...
ya lo diré .. Tú no sabes
el trabajo que me cuesta!...
Triunfó el invasor, y creo
que le irritó la pujanza
española... ¡Qué matanza!
¡qué esterminio!... qué saqueo!

—

Una mujer afligida
convulsa de desconsuelo,
vió el horror y cayó al suelo
sin dar señales de vida.
Presumes? ¡Es tan salvaje
accion que no se comprende!
Aprende, soldado, aprende.
La víctima del ultraje...

—

Si... no lo niego... ¡es mi hermana!
(Á Fernando con vehemencia y actitud.)
¡Tu parentesco rehuyo...
que aunque tú eres hijo suyo.,.
tú tienes sangre villana!

FERN. Horror! (Cubriéndose la cara.)
No es cierto!...

PEDRO. (Con acritud.) Eso has sido!...
Si en tu orígen te interesas,
entre las tropas francesas
está tu nombre escondido.
Vete!... Es inútil tu intento....
Nada tu ruego aprovecha...
El abismo no se estrecha...
¡Mi historia... es... mi testamento!...
(Se siente vacilar, busca apoyo, se descompone su rostro y su actitud, mira con fijeza y espanto á Fernando, abre la boca como si quisiera respirar y no pudiese, y se desploma. Fernando permanece horrorizado y confuso en medio de la escena.)

JUSTO. Socorro! (Acudiendo á D. Pedro.)

LOR. Favor!

JUSTO. (D. Pedro termina su agonía.) ¡Espira!

FERN. (Avanza suplicante y trémulo.)

Un instante!

LOR. (Incorporándose un poco; sin apartarse del grupo que oculta á D. Pedro; con ironía.)
Bien comienzas!
¡De quien eres te avergüenzas!

FERN. (Perplejo y sonrojado.)
¡Que yo me avergüenzo!

JUSTO. (Sin separarse del grupo.) Mira,
aunque el dolor te taladre,
y así á comprender acierta,
que Dios defiende esa puerta.

FERN. (Sin atender á nadie, absorto en su idea: con valentía y ternura.)
Que yo me avergüenzo?
(Con anhelo; grito supremo.)
¡¡Madre!!

LOR. Está léjos... No te escucha.

FERN. ¡¡Isabel!!

LOR. Está en su casa.
(Indicando la clausura.)

FERN. Dejadme entrar! (Suplicante.)

LOR. Pasa.
(Descubriendo á D. Pedro á cuyo lado permanece Justo de rodillas.)
Pasa...

FERN. (Con horror y retrocediendo.)
Por encima!.., ¡Horrible lucha!

LOR. (Con ironía cruel.)
Te contiene tu memoria,
no te atreves y porfías,
¡y hace un momento tenías
por segura la victoria!

FERN. De qué me sirve el poder,
y la vida, aunque muy alta
la coloqué, si me falta
lo que es polo de mi ser!
(Indica el grupo sin mirarlo y retrocede.)
¡Ese grupo me horroriza,
es la muerte fría y muda,
no tiene entrañas, no duda,
ni tiembla cuando esclaviza.
(Queda sollozando. Márquese bien y mímicamente

este momento escénico. Al exterior suenan aires guerreros que se alejan y se aproximan. Fernando atiende, se anima, vá á salir, se detiene y exclama con entusiasmo y ternura lo que sigue, que el actor debe interpretar inspiradamente.)

¡Ah! Libertad!... Tú de fijo
me devuelves generosa
á mi madre y á mi esposa!
¡¡Libertad, yo soy tu hijo!!
(Telon rápido.)

FIN DEL DRAMA.

SR. D. ANTONIO VICO.

Mi querido amigo: Si se pudieran imprimir los aplausos, yo los señalaría para que en estas páginas quedase algo permanente: el génio de usted. Y si me fuera permitido alterar la costumbre, á imitacion del *Diario de Sesiones*, y en el lugar correspondiente á la agonía de D. PEDRO DE LIZANA, hubiera subrayado esta nota: (*Atronadores aplausos; bravos y aclamaciones entusiastas. ¡Vico! ¡Vico! ¡Vico!... El gran actor se resistía á presentarse solo en el proscenio á donde fué empujado por Mariano Fernandez.*)

Al propio tiempo me corresponde hacer público lo que sólo han podido apreciar muy contadas personas: la trabajosa labor de los ensayos, en donde he visto representar á usted fragmentos correspondientes á diferentes personajes de la obra, con tan maravillosa perfeccion, que erróneamente supuse que aquellos rasgos quedarían indelebles como el surco del buril sobre el acero.

Pero lo que no se borrará ciertamente es mi gratitud, y no encuentro ocasion más propicia para demostrarla, que ahora que me dirijo á usted; y usted que es de elevadas miras quiere que haga mérito de todos. De la señora Cirera, que alcanzó repetidamente los honores de la escena al finalizar la VIII del acto segundo; del veterano Mariano Fernandez, animoso y muy aplaudido en el parlamento de la escena II del tercer acto; de la discreta característica señora Zapatero, y de todos, absolutamen-

te de todos, que trabajaron con buena voluntad en el desempeño de sus papeles.

Y aún me resta que agradecer á la crítica sus consejos, á mis buenos amigos y al público su benevolencia; y haciéndome intérprete de un sentimiento de usted y mio, ya que Rafael Calvo fué el primero en apadrinar mi drama, enviar un saludo cariñoso al ilustre actor que pasea triunfalmente por las repúblicas Hispano-americanas, las glorias inmortales de la escena española.

Un fraternal abrazo y una sincera declaracion de que el éxito de Las dos Ideas le corresponde á usted íntegramente.

Su invariable y decidido amigo y entusiasta admirador

q. b. s. m.

Rafael Salillas.

Madrid, 15, Octubre 1884.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.